

084

Oración Fúnebre

DE S. S. PIO XI

por el

Lcdo. D. Juan Alonso Vega

Vicerrector y Catedrático del

Seminario Pontificio

de

Las Palmas



G
52.9
LO
ra

FONDO
José Miguel
Alzola

Oración fúnebre de S. S. Pío XI

Por el Vicerrector y Catedrático del Seminario Conciliar, Lcdo. don Juan Alonso Vega, en los solemnes funerales celebrados el 21 de Febrero en la Santa Catedral Basílica

Excelentísimo y Reverendísimo Señor:

Excelentísimos e Ilmos. Señores:

Señores y hermanos míos amadísimos:

Si mi presencia en este sitio no estuviera justificada por lo único que en estos momentos puede justificarla: la obediencia a un mandato del Rvmo. Prelado, yo, obligado a disculpar de alguna manera mi atrevimiento, os diría que vengo a cumplir una deuda que pesa sobre mí, contraída hace pocos meses con vosotros y con el Augusto Pontífice cuyas exequias estamos celebrando. Yo he recibido de sus labios paternales un encargo para vosotros que no he cumplido todavía y que me dispongo a cumplir en este instante de supremo dolor y de emoción profunda.

UN ENCARGO DE PIO XI: EL PAPA ORA

POR ESPAÑA

Era el mes de julio del pasado año 1938. Doce sacerdotes españoles, recién terminadas nuestras tareas escolares en la Ciudad Eterna, nos disponíamos a emprender el retorno, por tanto tiempo anhelado, a la Patria amada, a nuestra querida España, cuyo nombre podíamos ya pronunciar con orgullo ante los hijos de otros pueblos, que un día, no lejano, lo acogían con gestos de sarcástica ironía. Un sentimiento irresistible, sin embargo, nos atraía invenciblemente hacia los Montes Albanos, en cuyas vertientes se halla enclavada la residencia veraniega del S. Padre. ¡Imposible marchar de Roma sin ir antes a Castelgandolfo a recibir su paternal bendición! Nuestros anhelos se vieron satisfechos, gracias a una especial delicadeza de S. S. A las 11 de la mañana del día 12 de Julio, nos encontrábamos, con el alma henchida de satisfacción emocionada, en el amplio salón de los suizos; en aquel mismo salón que casi un año antes, fué testigo de las cariñosas efusiones con qué el Papa acogió en él a los

-792724-

prófugos españoles, en aquella célebre mañana del 14 de Septiembre.

El salón se halla inundado de blanquísima luz, que irrumpe en abundancia por los amplios ventanales, colgando graciosamente sobre la placidez encantadora del Lago Albano. Hay además en el salón un grupo de sacerdotes de la América Latina y otro de nuevos matrimonios.

Entra el Papa. Viene con aquel su gesto inconfundible de un espíritu de llama, que se adivina a través de un cuerpo cansado, agotado por sus tres compañeros inseparables desde hace mucho tiempo: la edad, el trabajo, y los sufrimientos. Los protadores de la silla gestatoria dejan su preciosa carga sobre el rico Trono del Fondo. Con una agilidad increíble en sus años, que produce visible admiración en todos los circunstantes, se adelanta con resolución hasta la silla y se sienta. Y empiezan a salir las palabras de sus labios, que parecen insensibles al cansancio y a la fatiga. Para todos tiene frases de orientación, de consuelo, de paternal afecto. Se ha dirigido antes a los sacerdotes americanos, y les ha dado una nueva prueba de la predilección con que mira siempre a aquellos hijos "tanto más queridos cuanto más lejanos...", sobre todo a los hijos predilectos de la atribulada Méjico.

Luego se vuelve hacia nosotros, y con palabra decidida, clara, pero que no está exenta de gran emoción, nos dice textualmente: "Si esto decimos a nuestros queridos hijos de América... con mucha más razón hemos de decirlo a nuestros queridísimos hijos los sacerdotes españoles. A los sacerdotes de nuestra queridísima España, de la pobre España,... Aunque estábamos para decir "rica España": rica de fé, rica de esperanza, rica de alegría y fecunda resurrección... Decid a España, a toda España, a vuestras diócesis, a vuestros Obispos, a vuestros párrocos, a vuestra familia, **que el Papa ora por España; que hace además todo aquello que le es posible hacer por España; pero que sobre todo ora por España y hace orar por España...**

Señores: Cuando en aquella espléndida mañana del mes de Julio recibía yo este encargo de labios del anciano Pontifice, con la emoción propia del que no esperaba volver a escucharle jamás, estaba bien lejos de pensar, ni aún remotamente, que me tendría que ver en el trance de cumplirlo desde este sitio, frente a ese austero e imponente catafalco, y al compás de esas campanas que ahora doblan tristemente por su muerte. Pero ya que Dios, lo ha dispuesto así y que he de ser yo precisamente quien en este día haya de evocar ante vosotros su inolvidable recuerdo, Señores, yo os lo digo con toda la emoción que en estos mo-

mentos embarga mi alma; yo lo digo al Excmo. Prelado y a todas las autoridades aquí presentes; a los venerables sacerdotes y a todos los fieles que ahora me escuchan: **Pío XI ora por España.**

EL PAPA HA MUERTO: SENTIMIENTO

UNIVERSAL

Pero, Señores, yo en estos instantes me veo obligado a añadir algo que el Papa no dijo entonces, pero que yo leo en el fondo de todas vuestras conciencias: Pío XI ora por España desde el cielo. Porque es una realidad dura, triste, desconsoladora, pero es una realidad: Pío XI ha muerto.

Y ha muerto precisamente en unos momentos tan difíciles para el mundo, que este no puede menos de sentirse huérfano, desamparado en medio de un torbellino huracanado de opuestas ideologías que chocan y se encuentran en todos los terrenos, con un estrepitoso crujir de valores de todas clases que se derrumban y se deshacen por doquier. Y falta el hombre providencial a quien se miraba con entera confianza desde todos los campos, aún desde aquellos en los que sus orientaciones no eran atendidas como debieran, porque todos sabían que si algún día era preciso volver con sinceridad a la verdad y a la justicia, las encontrarían encarnadas en el inmortal Pontífice.

DOLOR DE LA IGLESIA

La Iglesia Universal, aún con la confianza plena, inquebrantable que le inspira la asistencia del Espíritu Santo que jamás puede faltarle, y que hace que sea ella precisamente la que menos tiene que temer por la muerte de un Pontífice, aunque sea tan grande como el que acaba de perder, viste de luto y llora la ausencia de un pastor incomparable, de un Padre amorosísimo, de su inolvidable Pío XI, el santo y prudente anciano que desde su **Cátedra de Roma** vigilaba atento y solícito por ella. A quien ella volvía confiadamente sus miradas en todo momento: cuando llena de dolor y angustias de persecución, se refugiaba temerosa en las catacumbas de Rusia, de Méjico o de España, y cuando, llena de júbilo y de fervor eucarístico caía de rodillas ante la Hostia Santa en Buenos Aires, en Manila, en Budapest...

DOLOR DE ESPAÑA

España, la *affectissima nobis hispaniarum gens*, como él la llamaba, hoy tiene que añadir a su profundo dolor de incomparable magnitud; al dolor de sus hijos mejores sacrificados en el campo de batalla, al dolor de sus hogares desiertos, al dolor de sus madres y sus esposas, enlutadas, al dolor de su soledad incomprendida, este nuevo dolor de ver desaparecer al Padre amorosísimo que no le escatimó jamás sus caricias, en los momentos de mayor angustia y de verle desaparecer precisamente víctima de una enfermedad que él ofreció hace mucho tiempo por ella; y de verle desaparecer en el preciso instante en que empieza a ser realidad sobre su cielo la luz esplendorosa que él descubrió hace tiempo en su horizonte, para que su dolor fuera completo, y el cáliz de su honda pena no se viera templado ni siquiera con este inefable consuelo por tanto tiempo y con tantas ansias esperado.

El había ofrendado su vida por España, y no en un momento de impremeditado entusiasmo, sino consciente de su altísima misión de mediador, y su sacrificio tuvo que ser completo como el de Jesús, a quien representaba.

Por eso España entera en medio de los gloriosos triunfos de su inmortal cruzada, no se ha olvidado del que fué su Padre amorosísimo y solícito durante su prolongado calvario de los últimos años; del cariñoso y espléndido acogedor de sus hijos dispersos en aquel luctuoso Septiembre del 36; del gran Pontífice que en la memorable y solemne ceremonia en que le presentó sus credenciales el Embajador del Generalísimo, pareció olvidarse por un momento de que se hallaba en la solemnidad protocolaria de un acto diplomático de rigor, para adoptar el tono paternal, inusitado en tales casos, de una audiencia privada de las más íntimamente efusivas que de El se conocen. Y porque no se olvida de todo eso y de todo lo demás que a Pío XI debe, España entera llora su ausencia con profunda pena y viste de luto riguroso por su muerte. Por eso también nosotros, en este rincón de España, cuna y principio de la heroica gesta que él desde un principio bendijera, nos reunimos en torno a ese catafalco, para pagar una deuda de gratitud, con nuestras oraciones y con nuestro recuerdo al Pontífice incomparable que acaba de desaparecer.

Y ved aquí, señores, el motivo de mi honda preocupación en este instante. Porque se trata de evocar ante vosotros la figura gigantesca de este hombre; se trata de hacer desfilar ante

vuestros ojos, la serie interminable de sus grandezas sin cuento... y no es un alarde de modestia el afirmar que es tarea muy superior, no ya a mis insignificantes fuerzas, sino hasta a las del más diestro y experimentado en estas cosas.

Porque no es cosa muy difícil, señores, el tomar en las manos la lista de los 262 Pontífices, que desde S. Pedro hasta Pío XI han regido la Iglesia, y escogiendo solamente las figuras más distinguidas, los hombres verdaderamente extraordinarios, formar un largo repertorio, que resiste la comparación con cualquiera de las más gloriosas dinastías de la tierra, a pesar de que la grandeza genuína del Pontificado no proviene nunca del valor personal de quienes le han encarnado a través de la historia. Pues en ese largo repertorio habría de ocupar un lugar preeminente Pío XI, el Papa de "la Paz de Cristo en el Reino de Cristo", que dió al mundo durante 17 años consecutivos el espectáculo grandioso y desconcertante de una maravillosa síntesis de todas las grandezas que un hombre puede reunir.

Porque Pío XI es grande desde cualquier punto que se le mire. Y al fijarnos en una cualquiera de sus grandezas, se corre el peligro de olvidar todas las otras.

EL PAPA DE LA PAZ Y DE LAS MI- SIONES

Si es cierto, en efecto, que Benedicto XV, su inmediato antecesor, dió al mundo el espectáculo conmovedor de un hombre que laboró incansablemente por la paz, en medio de las mayores dificultades que se pueden imaginar, no lo es menos que Pío XI ha hecho en este terreno el esfuerzo gigantesco que le coloca tan alto como está Benedicto XV, como lo han demostrado, en los pocos días que van de su muerte, los incontables homenajes que por este motivo se le han tributado por todos los poderes de Europa y América, que tan de cerca se han visto amenazados por el peligro tremendo de la guerra. Todas las naciones han recordado hoy con emoción aquellos aciagos días del pasado Septiembre, cuando, a raíz de la Conferencia de Munich, el anciano Pontífice dejaba oír su voz emocionada y temblorosa por la radio, para decir al mundo que, no pudiendo hacer otra cosa por una sociedad que tantas veces rehuyó escuchar sus saludables consejos, ofrecía gustoso su vida para que la paz se salvara una vez más entre los pueblos.

Si aquel mismo Pontífice bajó al sepulcro llevando en su

frente la corona de "Papa de las Misiones", como ordinariamente se le llama, Pío XI es el Papa de la "Rerum Ecclesiae", manifestación palmaria de que el problema misional era una de las mas grandes obsesiones de su gran corazón; el Papa de los innumerables Obispos, Vicariatos y Delegaciones Apotólicas, Escuelas misionales, Seminarios de Misiones; el Papa del Cero indigena y el espléndido Mecenaz del Colegio internacional de Propaganda Fide, modernísima sede que responde a las últimas exigencias de la pedagogía y de la arquitectura.

EL PAPA DE LA DISCIPLINA Y DE LA PIEDAD

Si Pío X, de santa e inolvidable memoria es reconocido por todo el mundo como el genial organizador de la disciplina eclesiástica, el Papa del Código de Derecho Canónico, el Papa del Modernismo y el propulsor infatigable de la piedad cristiana, Pío XI tiene en todos estos terrenos intervenciones suficientes para inmortalizar a cualquiera. Decíme, si nó, señores, qué otra cosa son su ingente labor, aún casi desconocida, de la codificación del Derecho Oriental; los Congresos eucarísticos celebrados durante su pontificado, que han llegado al máximo esplendor en todos los terrenos. Su encíclica "Mens nostra", sobre los Ejercicios Espirituales, la "Ad Catholici Sacerdotii" de tan elocuentes enseñanzas, sobre todo por las circunstancias en que aparecía, y que él considera como el complemento y remate de toda su obra anterior. La "Miserentissimus Redemptor", la "Charitate Christi", "Quod nuper"... y tantas otras, que son monumentos imperecederos de una profundísima piedad sacerdotal, cimentada sobre la recia contextura de las verdades fundamentales del Dogma; sus formidables encíclicas "Divini Redemptoris" y "Mit Bremender Sorge", en que recoge y sistematiza doctrinas y errores que ni aún sus mismos defensores habían logrado reducir a síntesis lógicamente ordenadas.

EL PAPA SOCIOLOGO

Si León XIII es el Papa de la "Rerum Novarum", de la "Arcanum" y de la "Libertas", monumentos inmortales que conmovieron al mundo por su profundidad y su claridad, Pío XI es el Papa de la "Quadragesimo Anno", de la "Casti Connubii" y de la "Divini Redemptoris", tan grandes por lo menos

como aquellas, y que han producido en el mundo mayor impresión todavía quizá que ellas, sin que sean, ni mucho menos, el mérito principal del gran Pontífice.

EL PAPA DE LA CULTURA

Si remontándonos un poco más en el curso de la historia, nos encontramos en pleno renacimiento con León X, que logra dar nombre a su siglo, no ciertamente escaso en hombres grandes, por ser el Papa de la cultura y de las artes, que de él recibieron tanto empuje, no cabe duda alguna que, andando el tiempo, al tratar de escribir la historia de la cultura en el siglo XX, en el siglo de la cultura por antonomasia, habrá que dedicar muchos de los mejores capítulos al Papa embellecedor de los Museos Vaticanos, legítimo orgullo del mundo de la cultura, que, gracias a él, puede desfilarse cómodamente por sus interminables galerías, verdadero prodigio de cultura artística, histórica y científica.

Al Papa de la Pinacoteca Vaticana, verdadera joya de la vieja ciudad papal, que vista desde la soberbia cúpula de Miguel Ángel, semeja una preciosísima perla engastada sobre el oro viejo de los muros milenarios, y vista desde dentro es una de las más ricas joyas de arte antiguo y moderno.

Al Papa de la Universidad del Sacro Cuore de Milán, asombro del mundo y legítimo orgullo de la Italia Católica.

Al Papa del Pontificio Ateneo Lateranense, recientemente inaugurado por él mismo, centro magnífico de estudios superiores, levantado y dotado casi a sus expensas, en el que nada ha sido descuidado de cuanto concierne a un centro que puede servir y sirve de modelo a los mejores del mundo entero.

Al Papa de la "Divini Illius", la mejor de sus Encíclicas desde algunos puntos de vista, la mejor y más clara exposición del maravilloso sistema pedagógico del Catolicismo, cada día más admirado por los de fuera, y refutación contundente e incontestable de los graves errores que invaden este importantísimo campo de la cultura.

Al Papa de la "Deus Scientiarum Dominus", admirable y grandiosa reorganización de los estudios superiores eclesiásticos, que estudian y comentan con entusiasmo siempre creciente cuantos se dedican en el mundo a la enseñanza superior, por la maestría y competencia con que en ella están resueltos los delicadísimos problemas que la afectan, y que al mismo tiempo que pone de relieve el decidido empeño de Pío XI en llegar a

conseguir para su Iglesia un Clero culto y bien formado en todos los sentidos, es la revelación palmaria del insigne pedagogo que se encerraba en el canonizador de la pedagogía cristiana en S. Juan Bosco.

Al Papa de la “Academia Pontificia de Ciencias”, gloriosa agrupación de los hombres más eminentes en cada una de ellas en todo el mundo y a la que anima un alto espíritu de franca comprensión y bien entendida tolerancia, hasta el punto de no dudar en llamar a formar parte de ella a individuos que, siendo verdaderamente eminentes en el campo del saber que cultivan, no carcen sin embargo de desviaciones lamentables y de errores en cuanto a su ideología religiosa.

Al Papa de la “Studiorum Ducem”, estela fulgurante de luz esplendorosa paralela a la “Aeterni Patris”, de León XIII.

Al Papa del “Bibliorum Scientiam”, que da un impulso gigantesco a los estudios bíblicos, llevando a los campeones de las Ciencias sagradas al campo que los enemigos habían escogido para dar a la Iglesia la batalla que creyeron definitiva, y de la que tan gloriosamente triunfadora va saliendo en nuestros días.

Al Papa de la “Rerum Orientalium”, que rasga definitivamente el velo que por tanto tiempo ocultara a las miradas de los investigadores occidentales las cuestiones del Oriente, dotando así a las ciencias sagradas de nuevos y abundantes venenos de inestimable riqueza, dando un gran paso de mutua comprensión y acercamiento, rayo alentador de esperanza para aquel pueblo desgajado hace tanto tiempo del centro vital de la unidad católica.

Al Papa de la Emisora Vaticana, de las primeras del mundo, de la exposición universal de la Prensa Católica y de la “Vigilanti cura”, otras tantas demostraciones de la santa intrepidez de su apostólico celo, que le hace vindicar para la defensa y difusión de la verdad estos tres maravillosos instrumentos del mundo moderno, por éste tan vergonzosamente profanados: la prensa, el cine y la radio.

EL POLÍTICO GENIAL

Y si queremos avanzar todavía más en la ruta ascendente de la historia, y nos encontramos en el siglo XIII, que marca el cenit de la grandeza temporal de la Iglesia Católica, con un Inocencio III, el “Augusto del Pontificado”, como se le ha llamado, la historia sabrá guardar un puesto de honor junto a aquel gran Pontífice, para el Papa de los 16 Concordatos con

otros tantos Estados modernos; Concordatos celebrados en pleno siglo XX, cuando tan lejos están las Naciones de mirar a la Iglesia con el respeto y la sumisión que le tributaba la Edad Media, lo que supone un esfuerzo sobrehumano, jamás igualado en los pasados siglos, por salvaguardar los sagrados Derechos de la Iglesia por encima de todas las pretensiones injustas de los hombres, al mismo tiempo que por conservar con todas las naciones, en cuanto de la Iglesia depende, el don inestimable de la paz. Y esto sin la más leve sombra de claudicación o debilidad, sabiendo mantener siempre incólume, en toda su enérgica gravedad, el sublime "non possumus", que tantas veces ha escuchado con asombro la historia de veinte siglos de Pontificado. Para el Papa que, en medio de la oficial apostasía del mundo moderno, verdadera vergüenza y suprema debilidad del presente siglo, ha visto remontarse el prestigio de la Iglesia, hasta el punto de ser hoy 59 los Estados que mantienen relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Para el Papa, sobre todo, a cuyo nombre irá por siempre ligado en la memoria de las futuras generaciones el recuerdo imperecedero del "Pacto de Letrán", de ese Pacto de Letrán en que dos hombres providenciales saben encontrarse juntos en un recodo de la historia en momentos trascendentales y difíciles y en un acto de suprema comprensión mutua, libran a la humanidad de una de sus más graves pesadillas: "la Cuestión Romana".

LA CONCIENCIA DE SU MAGISTERIO

SACERDOTAL: EL PACTO DE LE-

TRAN.

Y ya que hablamos del Pacto de Letrán, es la ocasión propicia para hacer resaltar otra de las cualidades primordiales del carácter de Pío XI. Porque él dió este paso tan trascendental de su vida pública, no precisamente por ser "el Papa verdaderamente italiano", o por mera consideración política, por muy sabia y prudente que ella fuera. El lo hizo, y lo confesará cien veces durante el resto de su vida, siempre que se le presente ocasión propicia para ello, convencido de que ejecutaba un acto de su Magisterio Sacerdotal. Ved aquí, lo que eleva a Pío XI muy por encima de todos los hombres de su tiempo y de casi todos los hombres de la historia moderna, por lo que se refiere

a las actuaciones trascendentales de su vida de gobernante supremo de un Estado temporal: la conciencia íntima de su Magisterio Sacerdotal. Sin esta conciencia viva y en acto constantemente, no se comprende ni una tercera parte de su vida. El mismo Tratado de Letrán, obra genial desde muchos puntos de vista, no tiene sentido ni significación histórica adecuada para los que de una u otra manera olvidan lo que tan alto proclamó siempre el Papa: que el Tratado reconoce como única razón de ser el Concordato.

Es decir, que el sapientísimo y prudente diplomático, y el político vidente, y el gobernador genial de los Estados pontificios, antepone a toda su obra de representante supremo de un poder temporal, su misión altísima de Obispo y Pastor de las almas que le han sido encomendadas; y que sólo cuando ello es necesario para el mejor cuidado y bienestar de estas, es cuando él entra con decisión a pactar sobre sus derechos temporales. De lo contrario, Pío XI no habría dado un solo paso ni entonces ni nunca. Cuando dos años después de la firma del Tratado y del Concordato, el Papa ve amenazada su obra predilecta, su queridísima Acción Católica, que es objeto de un grave atropello por parte de quienes debieran velar por el cumplimiento de lo pactado, Pío XI, el Papa verdaderamente italiano, no vacila un segundo, y a pesar de lo que ello podía suponer para su seguridad personal y la de sus reducidos Estados, formula al instante una de las más enérgicas y valientes protestas de que ha sido testigo la historia del Papado; y en la maravillosa y por tantos títulos admirable Encíclica "Non habbiamo Bisogno", confiesa a la faz del mundo entero que no está dispuesto en manera alguna a tolerar semejante proceder; que sus antecesores han sabido ser mártires cuando ha sido preciso y que él no les traicionará jamás: que está dispuesto a serlo también si llega la ocasión. "Por eso, dice, no Nos podemos callar y no Nos callamos".

Todo el mundo escuchó con asombro y admiración la valiente protesta del Pontífice, que, como era de esperar, fué escuchada por el preclaro talento de aquellos a quienes iba dirigida.

AMOR INTREPIDO A LA VERDAD Y --- A LA JUSTICIA

Y no fué esta la única ocasión en que su espíritu profundamente sacerdotal le hizo levantar su voz por encima de todas

las voces de la tierra, vinieran de donde vinieran, para salir en defensa de la verdad y de la justicia. Ya lo había hecho antes, en la delicadísima cuestión de la "Acción Francesa"; en su valiente carta "Ci Cammuovoŋo", al Cardenal Pompili, de Rusia, para protestar contra la barbarie comunista en aquel país, cuando todas las Naciones callaban, con la mal disimulada complicidad de un criminal silencio.

Lo había hecho (¡y con qué hondos sentimientos de cariño!); lo había hecho en la "Iniquis afflictisque", primer grito de indignada protesta contra los atropellos a la conciencia mexicana, cuando también callaban las Naciones, si es que no fomentaban mas o menos abiertamente la persecución. Lo hizo más tarde en la "Acerba nimis", dirigida al mismo objeto.

Lo hizo (¡qué bien lo recordamos los españoles!) en la "Dilectissima Nobis", testimonio inestimable de predilección sincera y desinteresada, en aquellos momentos en que España escabala la cumbre de su calvario, abandonada de todos, y por todos escarnecida y ultrajada.

Lo hizo cien veces en sus innumerables alocuciones consistoriales en las que no dejaba pasar jamás sin comentario ninguna de las injusticias que en el mundo se cometían, viniesen de donde viniesen, fuesen quienes fuesen sus autores. Y todo esto, señores, con el redoblado mérito de encontrarse solo en medio de las naciones que, o callaban sistemáticamente, o se movían por algún bajo interés material. Recordad su valiente alocución a todo el Cuerpo Diplomático, en aquella célebre mañana del 12 de Mayo del 36, en la inauguración de la Exposición mundial de la Prensa Católica, cuando, después de señalar con el dedo el doble peligro que se cernía sobre el mundo por el Oriente y por el Occidente, terminaba con aquel patético y escalofriante "mane nobiscum, Domine", porque una tormentosa noche se cernía sobre el mundo, sordo voluntario a las llamadas de Dios. Aquella tormentosa noche, cuyo amanecer presenciaremos acaso desde el cielo, ya que no le fué dado presenciarlo aquí en la tierra. Recordad su discurso a los prófugos españoles unos meses más tarde en Castel-Gandolfo, en el que de nuevo salía en defensa de su queridísima España, mientras anunciaba al mundo que nuestro dolor era una lección "acaso demasiado tardía", para las demás naciones... Recordad sus dos mensajes radiofónicos en Diciembre del 37 y del 38, y tantos otros discursos, alocuciones y cartas, en los que siempre hace constar su noble protesta, valiente, sincera, "desinteresada e imparcial" frente a la pasividad desconcertante de aquellos Estados que, sintiendo en el fondo lo mismo que él sentía, no se

atraven a romper su inexplicable silencio, por una no menos inexplicable cobardía.

LA "CASTI CONNUBII"

Y ¿qué decir de la noble gallardía de su gesto, frente a las múltiples aberraciones que llegaron a manifestarse, no ya como fenómenos localizados de una u otra nación, en tal o cual Estado, sino como plagas universales del mundo moderno? En este sentido es algo que trasciende toda ponderación el monumento inmortal de la "Casti Connubii", la única palabra de indignación y de protesta nobilísima que supo alzarse en medio de un mundo que caminaba desbocado hacia el más espantoso abismo en que le precipitaba la anarquía moral a que se había entregado; en los precisos días en que una asamblea que se tituló cristiana, reunida en Lambeth, acababa de ceder cobardemente a la faz del mundo, abandonando en vergonzosa retirada los principios inmutables del Evangelio. Imposible detenernos en citar detalles que la Prensa de todos los países ha conservado en sus columnas, sobre la hondísima impresión que la Carta produjo en el mundo; en ese mundo materialista y sensual, que se creía ya sordo a toda advertencia saludable.

LA "QUADRAGESIMO ANNO"

No fué menor la conmoción producida por la "Quadragesimo anno", maravilloso complemento de la "Rerum Novarum", monumento imperecedero de santa independencia por la verdad, que al mismo tiempo que recuerda a las clases acomodadas y pudientes el estricto deber de justicia que les liga para con los pobres necesitados, recuerda a estos, con serena dignidad que le coloca a infinita distancia de todos los modernos demagogos, que sus reivindicaciones tienen un límite, si quieren mantenerse dentro de los términos de la justicia.

"DIVINI REDEMPTORIS Y "MIT BRE- MENDER SORGE"

Pero la más sorprendente manifestación de este su amor desinteresado e intrépido a la verdad, sin miedo a nada ni a

nadie, nos lo dió el Papa más recientemente. El 19 de marzo de 1937, convaleciente apenas de su gravísima enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte, Pío XI lanzaba al mundo uno de sus más sólidos y formidables documentos: la Encíclica "Divini Redemptoris", sobre el Comunismo ateo. Próximo, como el decía, a dar a Dios cuenta suprema de toda su vida, no quería morir sin protestar una vez más solemnemente contra el horrible monstruo del ateísmo organizado, culminación horrenda de todas las aberraciones de la inteligencia humana.

Por un instante, los defensores de ciertas democracias creyeron llegar al momento de echar en cara al Pontífice su evidente predilección por los regímenes totalitarios: Pío XI se había puesto definitivamente de parte de los ricos contra los pobres, de parte de los poderosos contra los débiles... y se entonaba con aires de triunfo el "quid egemus testibus" del Evangelio, agitando la Encíclica entre las manos.

Aun no se había extinguido la densa polvareda, el domingo siguiente, 21 del mismo mes, se hacía público otro trascendental documento, la "Mit Bremender Sorge", demostración palmaria, incontestable de que ni uno ni otro sistema de gobierno, o concepción política del Estado trataba él de condenar o defender en sí misma: que lo único que le importaba era salir en defensa de la verdad, cuya custodia le había sido encomendada, y que en eso no transigía con nada ni con nadie. "Cantad en buen hora, decía a los jóvenes en esta carta, cantad vuestros himnos de libertad; pero no olvidéis que la verdadera libertad es la libertad de los hijos de Dios. No es lícito a quienes cantan el himno de la fidelidad a la patria terrena convertirse en tráns-fugas y traidores, por la infidelidad a su Dios, a su Iglesia, y a su patria eterna". Calló el mundo en su afán, por una y otra parte, de presentarle como uno de sus aliados. Y desde ese instante, los dos últimos años de su preciosa vida, el santo Anciano, esperando con sublime serenidad la llamada de su Dios, ha vivido en el Vaticano, rodeado de la admiración univeral, como pocas veces se vió un hombre sobre la tierra, reconocido por todos como la encarnación viva de la rectitud de conciencia, en medio de un mundo en el que, según expresión suya, todo se compra y todo se vende... Es todavía de ayer la visita de los representantes de un gran Estado europeo, que van allá, atraídos por el prodigio inaudito de este hombre que en pleno siglo XX, el siglo de los números y de la fuerza, sin ejército, sin armas, sin riquezas... ha logrado imponerse al mundo por la sola fuerza de su grandeza moral.

OTROS ASPECTOS DE SU VIDA

Y vedme aquí, señores, que he traspasado con mucho los límites de la brevedad, y tengo que terminar sin que os haya dicho nada de otros mil aspectos de la persona del gran Pontífice, que realzan y engrandecen su figura con nuevos y muy subidos méritos. He omitido todo lo que se refiere a su vida prepontifical, de bibliotecario en Milán y en Roma, de Nuncio en Polonia, de Cardenal y de Arzobispo... Nada os he dicho de los mil detalles de su vida privada de profunda piedad y de intenso trabajo. No os he hablado del Papa que se pasaba delante de su mesa de trabajo hasta las altas horas de la noche y hasta de la madrugada, hasta el punto de que, más de una vez, al irle a buscar para celebrar la Sta. Misa, el Prefecto de ceremonias de su Capilla privada llegó a encontrarle trabajando sin haberse acostado en toda la noche. He pasado por alto la ingente labor digna de asombro por todos conceptos, de sus tres jubileos; pero sobre todo del extraordinario de la Redención, de un esplendor desconocido en todos los jubileos anteriores de la historia de la Iglesia, en el que pronunció más de trescientos discursos e incontables alocuciones, hasta el punto de que los médicos tuvieron que advertirle que no podía continuar mucho tiempo con tanto trabajo. Nada he dicho de sus 28 santos canonizados, de sus incontables bulas de beatificación, de sus numerosos consistorios. De su magnífica obra en favor de los Seminarios, preocupación máxima de los postreros años de su vida; de sus innumerables cartas, constituciones apostólicas, motu propios, epístolas, alocuciones y discursos, que en número exorbitante llena 17 gruesos volúmenes de A. A. S., arsenal maravilloso de abundantes doctrinas que no deja sin tocar y resolver ninguno de los mil delicadísimos problemas que con su altísima misión se relacionaban.

EL PAPA DE LA ACCION CATOLICA

Sobre todo, nada os he dicho hasta ahora de uno de sus más nobles timbres de gloria, con el que pasará a la historia seguramente, de su obra predilecta, máximo exponente de todas sus preocupaciones: no os he hablado del Papa de la Acción Católica. Y lo he dejado de propósito para esta hora, porque su ingente labor realizada acerca de esta obra, que hasta ella sola para llenar muchas páginas, y hasta volúmenes de una sólida mono-

graffia, puede decirse que es el complemento necesario de su obra y la luz que todo lo ilumina y esclarece. El no sabía hablar jamás sin aludir a su queridísima Acción Católica, que se le encuentra siempre en todos sus discursos, en sus cartas, en sus alocuciones y hasta en sus Concordatos. Ella motivó hasta el último momento sus más características intervenciones de todo género en los más graves asuntos. Toda su labor inmensa, tal como la hemos descrito a grandes rasgos, es tan sólo, según lo hemos visto, una prolongación de su alma de apóstol, que aspira a conseguir por todos los medios que Jesucristo sea conocido y adorado por todas las naciones de la tierra. De este su anhelo incohercible, que orientó toda su vida, brotó aquella su idea genial de convertir a todos los fieles en un ejército compacto que luchara decididamente en la conquista del mundo para Jesucristo. Ella ha logrado bajo su Pontificado, imprimir como una nueva fisonomía espiritual a las presentes generaciones, que recordará por siempre a las generaciones futuras, que en la primera mitad del siglo XX, hubo un hombre sentado en la silla de San Pedro, que, en su incohercible afán de ver reinar a Jesucristo en todas partes, concibió y llevó a efecto con admirable constancia y maestría un pensamiento genial de inmensas proporciones: **TODO EL MUNDO CRISTIANO EN ORDEN DE COMBATE JUNTO A LA JERARQUIA PARA IR A LA CONQUISTA DE TODA LA SOCIEDAD PARA JESUCRISTO! Fué Pío XI, EL PAPA DE LA ACCION CATOLICA.**

Ante su gigantesca figura, hoy perfectamente encuadrada ya entre las grandes figuras de la historia, admiremos una vez más el incansable soldado de Cristo, y pidamos a Este que ponga con amor sobre su frente la eterna corona que tiene prometida a los que pelearon varonilmente: **Requiem æternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei:** Dadle, Señor, el eterno descanso, y que la eterna claridad de tu gloria ilumine su alma en la eterna paz, por la que tan ardientemente suspiró en su vida. Así sea.

